

SU excelencia Domingo Santa María, embajador de Chile en Washington, había sido relevado de su puesto y deseaba despedirse del Presidente Richard Nixon. El Departamento de Estado comunicó su pesar: «En la agenda presidencial no hay espacio...».

Domingo Santa María pasó por la Casa Blanca para saludar a Henry Kissinger. Este hombre de cuarenta y ocho años, ojos verdigrises tras espesos anteojos de cristal ahumado, doble mentón y vientre un tanto prominente, embutido en trajes siempre discretos, no es en realidad más que el consejero del Presidente para los asuntos relacionados con la seguridad nacional, con un sueldo de 42.500 dólares anuales. El embajador comunicó a Kissinger su despecho: «Se habrá equivocado usted de puerta», le replicó, cortante, el consejero. Poco después, Domingo Santa María era cordialmente recibido por Richard Nixon: su amor propio estaba por fin a salvo.

En los invernaderos diplomáticos, los laberintos gubernamentales y las junglas parlamentarias, Kissinger pasa por ser «más influyente» que el secretario de Estado, William P. Rogers. En el Capitolio, el senador demócrata Stuart Symington declara pérfidamente: «Después del Presidente, Kissinger es el hombre más poderoso de esta Administración». En los salones se murmura entre sonrisas: «En la escala jerárquica, Kissinger va inmediatamente detrás de Dios».

Pero, ¿qué significa el poder en Washington? La posibilidad de ver a Nixon, de ofrecerle informaciones originales, de saber qué es lo que piensa en realidad. En este sentido, nadie mejor situado que Kissinger. El consejero presidencial llega todas las mañanas hacia las ocho menos cuarto a la Casa Blanca. A las nueve entra en el despacho oval de Nixon, donde pasa entre treinta y cuarenta y cinco minutos. Después, a lo largo del día, verá varias veces al Presidente y, por la tarde, entrará otra vez a su despacho para tomar una copa. Hace treinta meses, Kissinger trabajaba en los sótanos de la Casa Blanca. Actualmente, su despacho, más espacioso, está situado en el ángulo Noroeste de la planta baja, a sólo dos puertas de la «suite» presidencial. En el despacho del Presidente, el objeto más curioso, que cabría casi calificar de «kitsch», es una fotografía de un veterinario vacunando a un «bulldog», y que lleva la siguiente dedicatoria de Anatole Dobrynin, embajador soviético: «¡Henry, no se ponga usted tan serio! ¡Tranquilo! ¡Cálmese!».

Los nixólogos calculan que Kissinger ve al Presidente noventa minutos al día como término medio. El consejero acompaña casi siempre a su patrón en sus jiras por Europa y Asia, en sus viajes a la residencia de Camp David o a las playas de Florida y California. Kissinger no es ningún elegido, ni miembro del Gobierno, ni representante de un cuerpo constituido. Técnicamente, es consejero del Presidente y secretario ejecutivo del Consejo Nacional de Seguridad, un macro-organismo que cuenta con treinta miembros, ministros, presi-

KISSINGER



UN AMERICANO QUE QUIERE CAMBIAR EL MUNDO

dentos del Comité de los jefes de Estado Mayor, jefes de la CIA...

Los títulos de Kissinger son oficialmente modestos, pero, desde Albert Einstein, ningún otro inmigrante judío alemán ha logrado tener tanta influencia en los Estados Unidos. Kissinger se nacionalizó americano en 1943, tras haber abandonado su Alemania natal en 1938. Al parecer, aún no ha conseguido liberarse totalmente de su complejo de extranjero. Su ayudante en la Casa Blanca, Alexander Haig, dice de él: «Henry no siempre está seguro de que vayan a aceptarles».

Kissinger se autocalifica de «independiente y liberal en política». Ha trabajado para Eisenhower, Kennedy, Johnson, Rockefeller; a veces se le acusa de ser un camaleón político. A lo que él replica: «He sido siempre consecuente conmigo mismo. Tan sólo he cambiado de óptica en lo referente a la estrategia nuclear, pero, por favor, no me repita ese horrible juego de palabras: "I wonder who's Kissinger now"» (1).

Kissinger es el personaje más fascinante de la máquina nixoniana. Es verdad que en ésta no abundan precisamente las personalidades de relieve. Refiriéndose a John Stuart Mill, Marx decía —injustamente— que, en los países llanos, las colinas parecen montañas. Los espíritus malignos dicen que Kissinger parece genial por eso de que en el país de los ciegos el tuerto es Rey.

Heinz Albert Kissinger nació el 23 de mayo de 1923 en Fürth, justo después de la gran caída del marco. En Baviera los nazis triunfarán antes que en otras partes. **Juden raus!** ¡Fuera judíos! El padre de Heinz, Louis Kissinger, **Stuidentrat**, profesor y consejero pedagógico en una escuela femenina, es desposeído de su cargo en 1933. Henry y su hermano Walter son expulsados de su liceo y han de asistir a una escuela exclusivamente judía. **Raus! Raus!** Heinz-Henry Kissinger no quiere, sin embargo, que se le defina por este episodio de su vida: «Yo no era desgraciado, al menos conscientemente: me daba demasiado cuenta de lo que pasaba. Las explicaciones psicoanalíticas están muy de moda hoy. Las persecuciones nazistas no son lo que más ha pesado en mi vida. Recuerdo que era un fanático del fútbol». Louis Kissinger dice: «Mi mujer nos sacó de Alemania. Tenía una tía en Londres. Después de pasar algunas semanas en Inglaterra, salimos para América».

Henry tiene sólo quince años cuando llega a los Estados Unidos. Inmigrante y judío, siente que habrá de trabajar duro si quiere conseguir algo. En Alemania no era más que un alumno mediano. En el Liceo George-Washington, sin embargo, consigue «sobresalientes» en casi todas las asignaturas. Tal vez el nivel de un **gymnasium** alemán era algo más elevado que el de una **high school** norteamericana. Kissinger trabaja en una fábrica de brochas de afeitar para poder asistir a las clases vespertinas «y

(1) «I wonder who's Kissinger now», que puede pronunciarse «I wonder who's kissing her now»: «Me pregunto quién la estará besando en este momento».

ver realizada la ambición que yo tenía por aquel entonces: llegar a ser contable. Ni el trabajo ni los hombres me amedrentaban. Me fastidiaba mi acento. Sólo hacia 1957 dejó éste de obsesionarme...». Cuando ahora pronuncia sus «eres» con un sonido ligeramente gutural, o convierte sus «uves dobles» en «uves sencillas», Kissinger parece casi teatralizar su acento germánico.

En 1943, Kissinger es movilizado. Elevado al rango de sargento y considerado, naturalmente, como germanista, Kissinger recibe el nombramiento de instructor, para pasar luego a los servicios de contraespionaje y convertirse, más tarde, en intérprete del general al mando de la 84 División. El joven sargento judío de veintidós años dirige, de paso, el Land Kreis de Börgstrene. Jamás olvidará el espectáculo de la Alemania devastada por la guerra. El capitán Fritz Kraemer, que actualmente ocupa un alto puesto en el Pentágono, le dice entonces: «Todo lo entiendes, Henry, pero no sabes nada. Necesitas una educación». Una vez desmovilizado, Kissinger obtiene una beca del Estado de Nueva York, que le permite ingresar en la Uni-

versidad de Harvard. Allí sufrió la influencia del pensamiento de William Yandel Elliott, «mandarín de la Facultad de Ciencias Políticas»: «Durante varios años asistí todas las semanas a sus clases —dice Kissinger—. Gracias a él he descubierto a Dostoyevski, a Hegel, a Kant, a Spinoza, a Homero». Elliott escribe, por aquella época, a propósito de Kissinger: «Parece más un colega ya maduro que un simple estudiante... Por otro lado, a su espíritu le falta gracia; es germánico en su sistemática». Kissinger termina su carrera con una tesina de 350 páginas sobre Spengler, Toynbee y Kant. El trabajo lleva el modesto título de «El sentido de la Historia».

En 1954, tras la guerra de Corea, en el momento en que estalla la histeria anticomunista del maccarthismo, el mismo año en que se firma el tratado de alianza del Sudeste asiático (OTASE), Kissinger obtiene su doctorado con la tesis «Un mundo restaurado, Metternich, Castlereagh y los problemas de la paz, 1812-1822». Es esta una apasionante obra de psicofilosofía de la Historia que plantea los problemas del conservadurismo en una

época revolucionaria. No es el empleo de la fuerza lo que interesa a Kissinger, sino las maniobras diplomáticas y el equilibrio de alianzas; más el juego político que sus fines.

Kissinger comienza a escalar el escalafón universitario. En 1957, cuando el Presidente Eisenhower y el gobernador Phoebeus se enfrentan en Little Rock a propósito de la integración escolar, Kissinger es nombrado lector de Harvard. En 1959, cuando en La Habana las multitudes gritan «Castro, sí; yanquis, no», ocupa ya el cargo de profesor adjunto, y en 1962 obtiene la titularidad de la cátedra. En 1949 había contraído matrimonio con Ann Fleischer, otra refugiada, de la que se divorciaría quince años después. En 1957, Kissinger conoció a Nelson Rockefeller, del que se erige en consejero para asuntos de política exterior. Kissinger se convierte así en uno de los raros universitarios de categoría relacionados con los republicanos. La mayoría figuran, en efecto, dentro de la órbita demócrata.

Ese mismo año Kissinger publica un libro de capital importancia: «Armas nucleares y política exte-

rior». Una de las ideas básicas de la obra es la de que un «Grande» no puede servirse de su potencia nuclear de un modo ilimitado, es decir, que es también vulnerable. Este libro condena, entre otras, la doctrina eisenhoweriana de la «respuesta masiva». Así, Kissinger contribuirá a forjar la doctrina kennedyana de la «respuesta flexible». Más tarde, en la Casa Blanca, conseguirá que Nixon abandone la noción de «superioridad nuclear» por la de «suficiencia nuclear».

«Nixon no es digno de ocupar la Presidencia»

EN su primera obra de geopolítica nuclear, Kissinger propugnaba la teoría de que las guerras nucleares podrían ser limitadas.

Tesis a la que volverá en «La necesidad de elegir» (1960) y en «La difícil alianza» (1965), así como en su colección de ensayos «La política exterior norteamericana» (1969).

En todas estas obras académicas, meticulosas, altamente técnicas, de un estilo más bien duro, es posible encontrar de cuando en cuando, detrás de un frío razonamiento, alguna que otra nota lírica que parece haberse deslizado en el texto por descuido del autor: «En el largo período de paz, anterior a 1914, se perdió el sentido de lo trágico... Se había llegado a olvidar que los Estados podían perecer... No hay nada que les cueste más trabajo comprender a los americanos que la posibilidad de la tragedia...».

Los primeros libros de Kissinger encuentran un atento lector en la persona del vicepresidente Nixon. Profesor en Harvard, consejero de diferentes instituciones, director de seminarios internacionales, Kissinger se ha convertido en un prestigioso profesor universitario. Se le considera a la vez brillante y sólido. Algunos de sus colaboradores dicen que «su arrogancia intelectual disimula muy mal su radical inseguridad». El propio Kissinger prefiere a los estudiantes de primero o segundo año. Los encuentra «más estimulantes».

En 1968, tras vencer a Humphrey en las elecciones presidenciales, Nixon se dedica a buscar a hombres nuevos para su equipo. Sin embargo, en el Congreso republicano de Miami se dice que Kissinger declaró, al ver marginado a Rockefeller: «Nixon no es digno de ocupar la Presidencia». Habiéndole insultado de ese modo, ¿cómo es posible que este profesor pudiera llegar a trabajar para el Presidente? La respuesta es: así lo quiso el juego político y el nuevo Nixon.

Nixon ofreció a Kissinger el puesto de consejero durante un cóctel celebrado en casa de Clare Booth Luce. Kissinger pide que le conceda un plazo de una semana para reflexionar y consultar a sus amigos. Hoy explica sus vacilaciones: «Para la gente de mi generación, Nixon tenía cierta reputación

OLIVIER TODD

El «liberal» Kissinger se mostró más bien «halcón» al aconsejar a Nixon la extensión del conflicto a Camboya.



de ultra. Yo necesitaba asegurarme primero de que tal reputación no estaba justificada». La vieja y la joven guardia de los intelectuales de Harvard y de los kennedyanos —Dundy, Galbraith, Schlesinger, Schelling, Yarmolinsky, Neustadt y el especialista en cuestiones de desarme, Doty— animan a Kissinger. Casi todo el mundo le aconseja que acepte. Por fin se produce su nombramiento, que es acogido con alborozo, tanto por el semanario de izquierdas «The New Republic» como por un periódico tan conservador como «Human Events». Quien escribe o comenta la historia difícilmente podrá vencer la tentación de ser también protagonista. Un día, Kissinger hablará del «poder, supremo afrodisíaco».

Estraño tándem el de Nixon y Kissinger. Pero ya dura más de tres años. Kissinger, espíritu analítico y sintético de primer orden, tiene igualmente una gran pasión por el secreto, que incomoda a sus colegas, pero se adecua perfectamente a un hombre reservado y a menudo imprevisible como Nixon. En enero de 1970, Kissinger decide seguir en la Casa Blanca, por lo que abandona su cátedra de Harvard. Nixon le escribe en una carta: «Francamente no puedo imaginarme lo que sería sin usted este Gobierno...». Kissinger niega que tenga una política determinada: «No hay tal política kissingeriana referida a las cuestiones importantes. Si la hubiese se derrumbaría toda la mecánica que hemos instaurado en el Consejo Nacional de Seguridad, y no digamos nada de las relaciones entre los diferentes departamentos federales».

Pero hay un método kissingeriano: «Mi problema no consiste en formular una línea política, sino en clarificar de que el abanico de posibilidades que se presenta al Presidente es exhaustivo». Se trata del famoso sistema de opciones inaugurado por McNamara bajo Kennedy. Siendo vicepresidente, Nixon vio a Eisenhower someterse a las presiones de la burocracia. Ya de Presidente, rehúsa adoptar decisiones a este nivel: Kissinger es su escudo y su pensador oficial. Está ahí, le gusta repetir con una insistencia tal vez excesiva para «clarificar y definir las opciones abiertas» y, lo que es más importante todavía, sus consecuencias posibles.

Kissinger admite que expresa también sus propias opiniones, pero si no hiciera más que esto ante el Presidente en Washington no pasaría de ser un ciudadano cualquiera. Kissinger clasifica, pero no filtra las opciones, las posibilidades de elección, las hipótesis, las evaluaciones, y en esto se distingue, radicalmente, de su predecesor, el gran «halcón» Walt Rostow. Este olvidaba someter al Presidente Johnson opiniones que de ninguna manera le eran convenientes. Gran parte de la reputación de

que en Washington goza Kissinger proviene del hecho, bien conocido en los Ministerios y agencias federales, de que sabe resumir escrupulosamente todos los puntos de vista, todas las proposiciones posibles. «Presentar la gama completa —dice uno de sus adjuntos— raya en el fetichismo».

«Mi patrono: San Bismarck»

AL metodología ha obtenido por lo menos dos resultados. Por una parte, los distintos Ministerios presentan ahora sus informes más claramente, sabiendo que van a ser atentamente considerados. Por otra, Kissinger ha sabido influir en Nixon reasegurándole en algunas decisiones, acertadas, que suponen un giro completo en el planteo de los problemas: abandono de las armas bacteriológicas, retrocesión de Okinawa al Japón. Kissinger sabe perfectamente dónde radica su poder: no en la posibilidad que tendría de poner obstáculos a las ideas de los otros, sino en la persuasión de que es necesario presentarlas siempre sin la menor deformación, dando después, eso sí, a las propias, el «maximum» de persuasibilidad.

Modelado en esta personalidad de técnico, científico casi, Kissinger representa encantado, como lo señala Joseph Kraft, su papel de «todo un hombre», de good guy liberal, aunque en el fondo tenga los mismos instintos conservadores y duros que Nixon de cara a todos los mundos, sean comunistas o no. Cuando se le acusa de ser un cruel Maquiavelo que mira los acontecimientos desde un punto de vista abstracto y doctrinal —que, por ejemplo, a propósito del Vietnam, prescinde de los muertos civiles y militares—, sonríe amargamente: «Trece miembros de mi familia murieron en los campos de concentración de Hitler. ¿Cómo puede pensarse que la vida humana no me importa?».

Para poderse parapetar frente a los ataques de antiguos amigos o colegas, o de sus nuevos enemigos, cultiva un humor judío-germano-americano: «Se me acusa de megalomanía, cuando en realidad soy un paranoico. Lo cual resulta práctico cuando se trabaja dentro del aparato gubernamental, más bien que en el mundo universitario, porque pueden surgir verdaderos enemigos». Pocos días después de que el ministro de Justicia le calificara de «maníaco egoísta», Kissinger declararía con toda suavidad: «En Harvard necesité dieciocho años para provocar una enemiga masiva. En Washington lo he logrado en dieciocho meses». Otra

vez se excusará de un retraso diciendo: «No pude llegar a tiempo porque estaba celebrando la festividad de mi patrono: San Bismarck». Y llegará al colmo cuando murmure: «Tengo que irme a preparar la guerra en la sala de mapas de la Casa Blanca y, jawohl, esto suena mucho mejor todavía en alemán». Su salida más conocida: «Es imposible que haya crisis la semana que viene, tengo todo el tiempo completamente cogido». Un día, en la base aérea de Andrews, al ver que no se le proporcionaba su habitual «jet», sino un avión convencional de hélice, lanza: «De encontrarme en Rusia, diría que había caído en desgracia».

Analista político, Kissinger intenta probar que la fuerza debe ser utilizada para evitar las catástrofes. A diferencia de muchos de sus colegas americanos, contempla el mundo de una manera global: «¿Cómo hablar de Berlín sin tomar en consideración el Oriente Medio y el Vietnam!». Como diría uno de sus amigos: «Henry posee un innato sentido de la Historia, como una especie de música interior. Los acontecimientos son para él como un continuo que se enlaza y entrelaza». Y añade Kissinger: «Guste o no, están entrelazados. Pensar de otra manera es carecer de realismo».

Nada de «chapuzas» en política planetaria: «La turbulencia asiática —dice Kissinger— es más un problema de desequilibrio que de ideología, un problema planteado por la talla alcanzada por China: setecientos millones de habitantes. El problema no radica en el Gobierno que tienen, sino en el hecho de que, detrás de ese Gobierno, los chinos están unidos».

Kissinger razona como si el progreso técnico fuera ilimitado, y la mala fe de los hombres también. Por lo tanto, la escalada de armamentos resulta inevitable. Su lógica es lineal: a cada nueva arma ofensiva corresponde una nueva arma defensiva, y a ésta, una nueva ofensiva. Piensa que los soviéticos y los chinos, si pudieran, no dudarían un momento en utilizar el chantaje. Para Kissinger, la buena voluntad no es suficiente para relajar una tensión internacional. Considera que, al menos a las inmediatas, la igualdad atómica, de una manera táctica y estratégica, evita la guerra.

No es la postura de un «halcón» que exigiría la superioridad nuclear. «La paz —dirá soñadoramente Kissinger— es una palabra difícil de definir en abstracto; lo que nosotros tratamos de poner a punto es un sistema de relaciones internacionales que dé un mínimo de posibilidades a la irresponsabilidad y un máximo a las medidas positivas y creadoras». Insiste sobre la relación que existe entre las estructuras domésticas de los Estados Unidos y las de los vínculos internacionales. Dice con toda claridad

que los Estados Unidos no pueden «volver a fabricarse las estructuras domésticas del país, ni menos las del mundo entero». Kissinger experimenta cierto especial placer creando modelos o analizando operaciones coronadas por el éxito: «El modo como De Gaulle salió de Argelia es una operación enorme que encierra una cualidad estética».

Lo esencial para Kissinger es el hecho de que el mundo haya venido a ser militarmente bipolar. Tan sólo Estados Unidos y la URSS disponen de una panoplia militar completa, total. Se hace, pues, de todo punto esencial una nueva concepción del orden internacional. La estabilidad, por sí sola, resulta frágil. Y la multipolaridad política hace imposible un grande y exclusivo diseño americano. Se está muy lejos del maniqueísmo a lo Foster Dulles o Walt Rostow. «Nuestro desafío se encamina a provocar la creación de un mundo pluralista, a fundar un orden sobre la multipolaridad política, aun cuando el poderío militar, hoy aplastante, permanezca en manos de dos superpotencias».

Kissinger ve los límites de la bipolaridad militar: «El margen de superioridad de las superpotencias aumenta respecto a los otros países. Por lo que éstos disponen de un margen de acción autónomo. En muchos países cuya economía nacional es muy débil, un simple emisor de radio puede erigirse en una forma de presión más eficaz que una escuadrilla de B-52».

En sociedades de tradición pragmática como los Estados Unidos, según Kissinger, se atiende más a «analizar aquello que se está haciendo, que aquello que se va a hacer». En las sociedades fundadas en la ideología, «la doctrina es institucionalizada, la exégesis sustituye a la innovación». Todo lo cual induce al ejecutivo a intentar hacer saltar los plomos de la burocracia. Ya en 1966, cinco años antes de su Operación Pekín, Kissinger escribía: «De donde la utilización de enviados especiales: su estatuto fuera de la burocracia les confiere una mayor libertad (...). Uno de los aspectos paradójicos de las modernas burocracias es que su búsqueda de la objetividad (...) las conduce a callejones sin salida de los que sólo es posible salir mediante decisiones esencialmente arbitrarias».

Un pensamiento a-marxista

SISTEMATIZANDO mucho, Kissinger ve a grandes rasgos tres tipos de sociedad en el mundo contemporáneo: la burocrática y pragmática, como los Estados Uni-

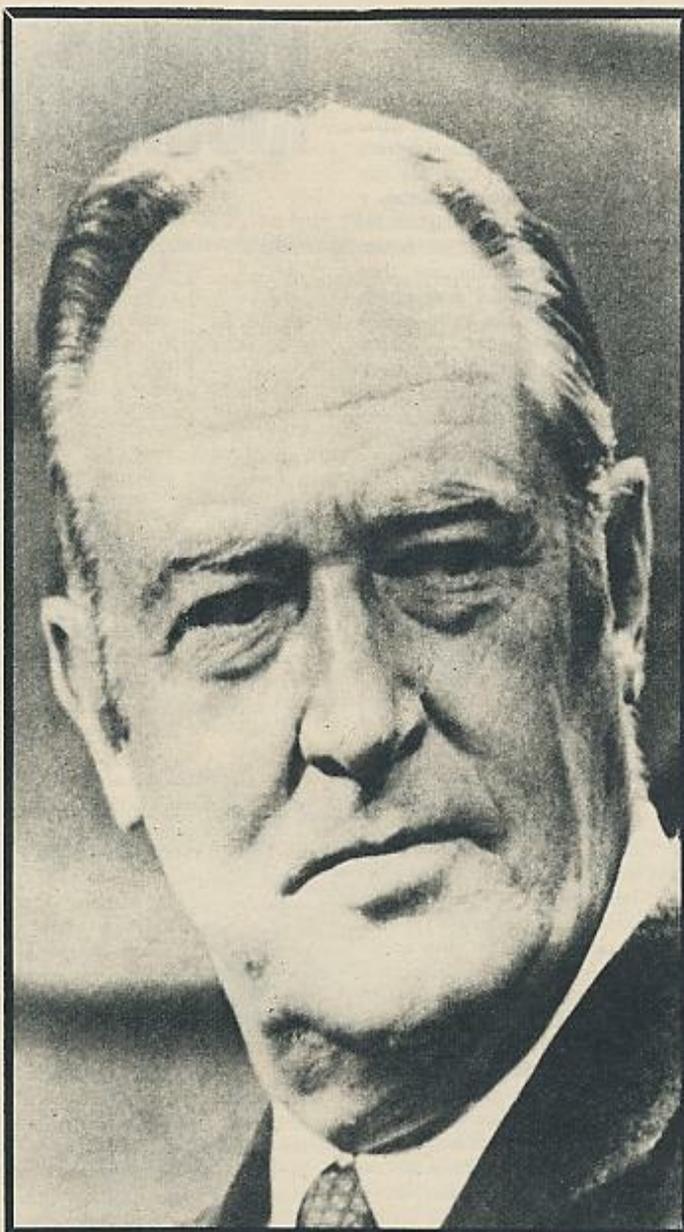
dos; la revolucionaria-ideológica y la revolucionaria carismática; algunas sociedades como Cuba pertenecerían a estos dos últimos apartados a un tiempo. Kissinger explica que la diplomacia norteamericana «alterna la rigidez con el espasmo flexibles». Para él, los pensadores políticos americanos se muestran muy competentes «cuando se trata de problemas técnicos, pero su virtuosismo es mucho menor cuando se trata de dominar un proceso histórico».

Kissinger no manifiesta ninguna ternura intelectual ni sentimental hacia los revolucionarios. «Para ellos, la realidad significativa del mundo es ese mundo que tratan de crear, no el que intentan destruir». Y al igual que Nixon denuncia los «ismos», Kissinger estima que, en numerosas sociedades del tipo revolucionario-carismático, «la teoría económica marxista-leninista no es más que un modo de legitimizar el autoritarismo». Ejemplos: Castro o el difunto Sukarno.

El nuevo orden mundial —«orden» es seguramente la palabra preferida de Kissinger— exige, según él, una reorganización de las alianzas.

A propósito del Sudeste asiático dice, por ejemplo: «Como instrumento de acción colectiva, la OTASE está medio muerta. La OTAN, por su parte, tiene dificultades porque tiene aún que ajustarse a la multipolaridad política de los últimos años...». A Kissinger le gustaría acabar con la idea de USA policía del mundo. «Si los Estados Unidos siguen siendo los mandatarios de todas las regiones no comunistas, agotarán los recursos psicológicos. Ningún país puede actuar sabiamente en todos los puntos del globo a un tiempo. Nos interesa a largo plazo un mundo pluralista (...). Podríamos beneficiarnos de un contrapeso que pondría disciplina en la impetuosidad que en ocasiones demostramos, proporcionándonos una perspectiva histórica y modificando nuestra tendencia a las soluciones abstractas y definitivas». Herejía a los ojos del Pentágono: Kissinger ha llegado a sugerir que el comandante en jefe de la OTAN podría —y debería— ser un europeo.

Para Kissinger, en los próximos años, «el mayor desafío al que habrá de hacer frente la política americana será de índole filosófica: desarrollar la idea del orden en un mundo militarmente bipolar y políticamente multipolar». Y según el consejero de Nixon, la profundización filosófica no será tarea fácil a causa de las tradiciones de la política exterior norteamericana: «(...) una faceta manipuladora y pragmática, la convicción de que el designio natural de las relaciones internacionales es la armonía, la negativa a pensar en términos de estructura, la fe en las respuestas últimas de las características que



En Washington, Kissinger pasa por ser «más influyente» que el secretario de Estado, William P. Rogers.

KISSINGER

reflejan un sentido de la autosatisfacción que roza la convicción de omnipotencia. Pero el dilema contemporáneo radica precisamente en la inexistencia de una solución total (...). Estamos inscritos en un perpetuo proceso; es absurdo buscar un destino final. Los problemas de equilibrio más importantes no son físicos, sino psicológicos y morales. La forma que adopte el porvenir a través de estas convicciones rebasará ampliamente al equilibrio físico del poder».

El pensamiento de Kissinger es no sólo antimarxista, y sobre todo antimarxista-leninista, sino casi a-marxista.

Hace unos quince años, Kissinger empleaba a menudo —igual que Nixon— expresiones como «los rojos». Hoy las evita cuidadosamente. No quiere asumir la herencia de una cruzada anticomunista de la guerra fría: «Nuestro objetivo no debe ser el de transferir las instituciones americanas a los jóvenes países, y mucho menos imponerlas

por la fuerza. El problema no es: ¿cómo evitar la extensión del comunismo? Nuestro objetivo debe ser el de elaborar un «consensus» moral que conferirá a un mundo pluralista un carácter creador más que destructor».

En el plano teórico, Kissinger no se toma el marxismo-leninismo soviético o chino más en serio que Raymond Aron o Bertrand Russell. Pero considera con gran interés el tipo de negociaciones que implica determinado bolcheviquismo. Para él, es fútil presentarse esgrimiendo nada más que buenas intenciones. Estima que los americanos han confundido a menudo «la política exterior con la psicoterapia».

Crítica bastante acerbamente la jerga típica del Departamento de Estado: «Forma parte del folklore americano. Los otros países tienen intereses, nosotros tenemos responsabilidades; las otras naciones buscan el equilibrio, nosotros las condiciones legales de la paz. Tendemos a proponer nuestro altruismo como garantía de nuestra credibilidad». Y Kissinger se burla del secretario de Estado del Presidente Johnson, Dean Rusk, quien afirmaba: «Nosotros no tenemos querrela alguna con los comunistas; cuando combatimos lo hacemos en nombre de otros pueblos».

Kissinger dice a menudo: «Mi trabajo sería muy agradable de no existir el Vietnam». Podría replicarse con la siguiente fórmula: sus teorías son interesantes, pero el Vietnam existe, y si bien continúa la evacuación de las tropas americanas, no hay a la vista solución política.

Cuando Averell Harriman dirigía la delegación americana en las conversaciones de París, Kissinger era tenido al corriente de los limitados progresos alcanzados. Y ya antes, en julio de 1967, había servido de intermediario entre Ho Chi Minh y el Presidente Johnson, con ocasión de una misión en Hanoi de Raymond Aubrac.

Partidario de la aventura camboyana

EN un artículo de «Foreign Affairs» (de enero de 1969), en el que entre otras figuraba la bonita fórmula: «Cuando las guerrillas no pierden la guerra, la ganan; cuando un ejército regular no la gana, la pierde», Kissinger afirmaba un tanto académicamente, refiriéndose a las negociaciones de París, que «el problema era más que nada conceptual». Esbozaba un proyecto de doble negociación: americanos y nordvietnamitas debían ponerse de acuerdo para re-

lirar sus tropas; paralelamente, los hombres de Saigón y los del Gobierno provisional se harían mutuas concesiones. De este modo el prestigio americano se vería mínimamente afectado. En la primera versión de este artículo, Kissinger no parecía excluir totalmente la idea de un Gobierno de coalición en Saigón. En una versión reelaborada (aparecida en «American Foreign Policy») Kissinger rechazaba, sin embargo, tal idea: «El resolver los problemas del Vietnam del Sur con ayuda de un Gobierno de coalición tiene las mismas probabilidades de éxito que el intentar solucionar los problemas del Mississippi mediante una coalición del SDS ("Students for a Democratic Society", estudiantes izquierdistas) y del Ku-Klux-Klan».

En este punto, el teórico ha mostrado una mayor intransigencia que el secretario de Estado, Rogers, que parecía dispuesto a ver instalado en Saigón otro Gobierno, cuando no otro régimen. En lo referente al Vietnam, Kissinger dice hoy en día cosas como ésta: «Avanzamos. No perseguimos una victoria militar... Hanoi debe también avanzar. Pero con nuestro precipitado avance obstaculizamos el de Hanoi. Hanoi no opina que el tiempo trabaja a nuestro favor, pero tampoco es hoy seguro de que lo haga a favor suyo».

El «liberal» Kissinger se ha mostrado muy «halcón» en el asunto de la extensión a Camboya de la guerra. Pensaba presionar sobre Hanoi «limpiando» los santuarios camboyanos. Pero con ello se ha conseguido un resultado opuesto: los vietnamitas han endurecido sus posiciones. Y desde el asunto de Camboya, la cotización de Kissinger ha descendido notablemente dentro del establishment universitario. Su paz-a-través-de-la-guerra no satisface ni a los estudiantes ni a los colegas que le habían aconsejado que aceptara ese cargo oficial en la Casa Blanca. La política americana de apoyo incondicional al Presidente Thieu está metida en un callejón sin salida.

Para superar esta crisis —y plenamente consciente de que los nordvietnamitas están equidistantes de Moscú y de Pekín— Kissinger ha decidido, con Nixon, que el camino de Hanoi pasaba por Pekín. De donde su sorpresa diplomática del mes de julio —su llegada a la China Popular—, proyecto que, sin embargo, llevaba ya madurando bastante tiempo: desde febrero de 1969, cuando Kissinger encontró sobre la mesa de su despacho un «memorandum» de Nixon, cuya sustancia era: «Cómo establecer contactos con la China comunista».

Su viaje, organizado con ayuda de rumanos y pakistaníes, no era en absoluto improvisado, pero sí muy oportuno. A diferencia de otros analistas políticos, Kissinger no ha creído jamás en la rigidez total de Pekín. Ya en 1966 escri-

bía: «Las manifestaciones más revolucionarias del comunismo, como la China comunista, poseen un fervor ideológico aún mayor (que otros países revolucionarios). Pero, paradójicamente, su estructura ofrece una mayor latitud (...). No hay que confundir intransigencia táctica y vitalidad ideológica con rigidez estructural. El liderazgo se fundamenta en un prestigio que trasciende a la autoridad burocrática, debido a lo cual ha dado menos rehenes a la estructura administrativa. Si cambia el líder o se modifican sus actitudes, la línea política podría sufrir en China una transformación mucho más dramática que en cualquier otro país comunista más industrializado».

El Marco Polo del Boeing

POR aquel entonces, Kissinger estimaba que una China poderosa había tendido históricamente a establecer su «soberanía sobre sus vecinos» y que, comunismo aparte, China no tenía experiencia de negociaciones entre iguales: «China ha avasallado o se ha visto avasallada». Kissinger parece haber modificado su punto de vista. En 1968 decía, por ejemplo: «China ha ganado en poder militar real, gracias al logro de armas nucleares, más de lo que hubiese ganado conquistando todo el Sudeste asiático».

Hasta hace un año, Kissinger era sobre todo un europeísta. Antes de viajar a Pekín, el profesor se reconvirtió en alumno a fin de corregir lo que un alto funcionario del Departamento de Estado calificaba amablemente de «su crasa ignorancia de los problemas asiáticos». Los numerosos sinólogos consultados por Kissinger se muestran satisfechos por su modo de abordar los problemas.

Walt Rostow miraba por encima del hombro a esos especialistas: tenía la pretensión de saberlo todo de antemano. Kissinger ha admitido en su equipo de colaboradores a Richard Solomon, de la Universidad de Michigan, especialista en la China contemporánea y en su psicopolítica. Hay, además, tres sinólogos cuyos conocimientos pudieran resultar de gran utilidad: David Osborne, del Consulado estadounidense en Hong-Kong; William Gleysteen, adjunto del jefe de la misión americana en Formosa, y Paul Kreisburg, destacado en... Dar es-Salam. Sin duda, para vigilar la influencia china en África.

Ya antes del viaje de los jugadores de ping-pong americanos, los especialistas habían observado que durante la visita del Presidente rumano, Ceausescu, Nixon se refirió en un brindis a «la República Po-

KISSINGER

pular China» y no a «China comunista» o «roja». En todo caso, las dos visitas preparatorias de julio y octubre de 1971 han sido organizadas con una eficacia que provoca la envidia y la admiración en numerosas Cancillerías. Kissinger, Marco Polo del Boeing y Metternich del deshielo chino-americano, se convertía así en el hombre del año.

El encuentro Mao-Nixon constituirá la cumbre más importante —de este medio siglo— cuando se celebre. En primerísimo plano figurarán, claro está, los dos grandes adjuntos, Henry Kissinger y Chu En-Lai —este último tendrá una ligera ventaja sobre el americano, ya que entiende el inglés bastante bien, mientras que Kissinger no habla una sola palabra de chino—.

Al Departamento de Estado, como a toda buena burocracia, no le gusta la idea de verse «doblado» en estas negociaciones. No hay, sin embargo, que exagerar la importancia de la oposición entre el Departamento de Estado y la Casa Blanca. Los Presidentes americanos han tenido siempre ayudantes molestos para el Ministerio de Asuntos Exteriores. En la época de Roosevelt era corriente preguntar quién era secretario de Estado para Asuntos Exteriores: el titular, Cordell Hull, o el consejero de la Casa Blanca, Harry Hopkins. Como muchos Jefes de Estado de las democracias burguesas, el Presidente Nixon quiere ser, en la máxima medida, su propio ministro de Asuntos Exteriores. Esta concentración de atribuciones, esta supercentralización no es privativa de los Estados Unidos. En Washington no se trata de saber si el auténtico secretario de Estado es Rogers o Kissinger. Lo es, de hecho, el Presidente Nixon.

Tal vez porque, al ser judío, podría sentirse a la vez juez y parte, Kissinger ha dejado el asunto del Oriente Medio en manos de Rogers. Un día recibió oficiosamente a un antiguo asistente a sus seminarios de Harvard, Uzy Narkiss, que sería después el general a cuyo mando las tropas israelíes conquistaron Jerusalén. Narkiss le dijo:

—Hemos aprendido que hay muchos problemas sin solución posi-

ble, y que el Oriente Medio es uno de ellos.

—Sí —replicó Kissinger—, pero eso no significa que el problema deba permanecer en situación invariable.

—Israel continuará largo tiempo en los territorios ocupados...

—No —interrumpió Kissinger—, un año o dos...

—Quince años —contestó Narkiss.

—Lo dudo —añadió Kissinger—.

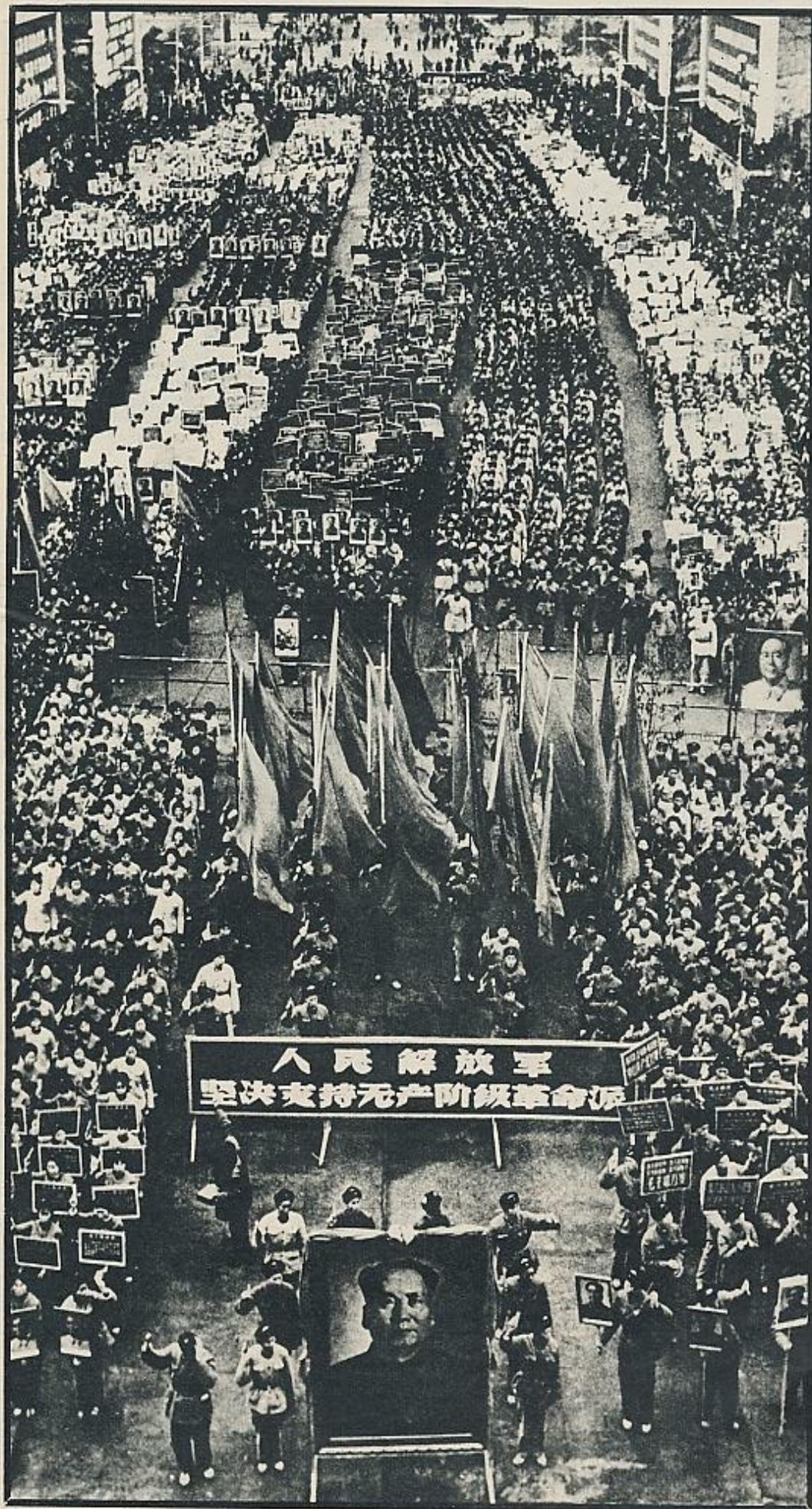
El clima mundial no lo permitirá... Hemos de procurar por todos los medios que Estados Unidos e Israel no se vean enfrentados con el mundo entero y que la crisis actual no aboque en una guerra generalizada. A Israel se le plantea la siguiente disyuntiva: la posibilidad o imposibilidad de ceder parte de su superioridad física a cambio de alguna forma de legitimación política.

Y concluyó muy a lo Kissinger: —Normalmente, un buen acuerdo deja satisfechas a ambas partes. En el Próximo Oriente hasta puede resultar útil el mutuo descontento. Idealmente, un acuerdo satisfactorio elimina toda posible razón para el ataque. En el Próximo Oriente se producirá tan pronto como los dos bandos pierdan la capacidad de atacar...

Por extraño que parezca, y siempre dentro de unos límites de decencia muy nixonianos, Kissinger se puede permitir, como soltero, ciertos visos de «play-boy» sofisticado. Le gusta que le vean en compañía de anfitrionas conocidas, como la bellísima Barbara Howard, de actrices como Jill St. John o Marlow Thomas, de mujeres de mundo como Nancy McGinnis, de periodistas feministas como Gloria Steinem. Decía a este propósito el senador de Nueva York, Jacob Javits: «A Kissinger le encanta picar la curiosidad de la gente con ese aspecto de su vida». Kissinger predica: «Hacer el amor y la guerra».

Resulta sorprendente que a Kissinger le quede tiempo para tener una vida mundana tan colmada. Fácilmente trabaja hasta catorce horas diarias en la Casa Blanca. Cuantan que en cierta ocasión dijo, a las diez de la noche, a uno de sus ayudantes: «Puede usted disponer libremente del resto del día...». Dentro de su equipo se han producido diversas dimisiones, ya sea por su carácter exigente, ya por razones políticas. Algunos colegas suyos opinan de él que se excede en su papel de hombre orquesta, otros le encuentran inaccesible.

Actualmente, sobre todo en política exterior, las etiquetas no tienen mayor utilidad de la que pueden tener, por ejemplo, en psiquiatría. Pero si es preciso colgarle una a Kissinger, cabría decir que es un neo-conservador liberal que ha ejercido sobre el reaccionario-visceral que era Nixon una influencia moderadora. Desde que está en la Casa Blanca no ha habido, como bajo el mandato de Kennedy, una Bahía



A la vista de su futuro viaje a Pekín, Nixon ya no dice «China comunista», o «roja», sino «República Popular China».

de Cochinos; ni se ha producido, al igual que ocurrió bajo Johnson, un incidente del golfo de Tonkin. A pesar de la enorme espina vietnamita, el Goliat de los Estados Unidos está lejos de la política suicida de un John Foster Dulles. Kissinger se define a sí mismo bastante bien: «Creo que los Estados Unidos han salido de su período de aislamiento, después de la segunda guerra mundial, con una especie de "catarsis" emocional. El compromiso en el extranjero se convertía en fin. Cuando el resto del mundo era muy débil y nosotros muy fuertes, llenábamos un vacío. No soy, ni mucho menos, un aislacionista, pero hemos dejado de ser una potencia omnipotente».

Demasiado cerca del Sol...

HEMOS visto claramente estos últimos días los límites de la potencia y la influencia americana en el conflicto indo-pakistani. Kissinger ha pasado en diciembre largas horas explicando en privado a los periodistas que los Estados Unidos apoyaban al Pakistán para evitar una extensión de la guerra. Y también porque, en secreto, habían obtenido seguridades de Yahya Khan, el cual se declaraba dispuesto a negociar con los insurrectos del Bangla Desh, a liberar al jeque Mujibur Rahman y a conceder eventualmente la autonomía al Bengala Oriental. Siempre el método secreto.

El futuro de Kissinger dependerá en gran medida del encuentro Mao-Nixon, del fin de la guerra en el Vietnam y la reelección de Nixon. Cuesta imaginarse a Kissinger como ministro, senador, gobernador o diputado. Ha estado demasiado cerca del Sol o del poder. Tal vez vuelva al mundo universitario. Cuando alguien le habla de ese futuro aún lejano, Kissinger se ríe: «No me gustaría trabajar en la Universidad de Arizona». Alusión a la suerte de su predecesor: Walt Rostow no se reintegró al MIT (Massachusetts Institute of Technology) después de la salida de Johnson, quien le colocó en la Universidad de Texas. Kissinger podría volver a Harvard, pero hay quien dice que estaría dispuesto a aceptar un puesto en Gran Bretaña, en el colegio de All Souls, de Oxford. Es fácil representarse escribiendo un gran volumen a base de sus recuerdos geopolíticos.

Entonces el europeo que hay en él volvería —provisionalmente— a Europa, o a los Estados Unidos vistos desde Europa. ■ O. T. (Documentación de Danielle Rousseau y Alain Chouffan.)